

Cuando canta la ciudad

Por Oswaldo Ramos Rodríguez

La mañana amaneció brillante sobre la Ciudad de México. Desde temprano, el Zócalo se había transformado en una fiesta viva. Las banderas colgaban de los balcones coloniales, los vendedores ofrecían banderines, sombreros y trompetas, y el olor a tamales y café de olla se mezclaba con el bullicio de miles de voces.

Era junio de 2026, y el Mundial de Fútbol había vuelto a tierras mexicanas. En la pantalla gigante instalada frente a Palacio Nacional, el verde de la cancha se reflejaba en los rostros de todos. Desde los techos, las palomas volaban asustadas por los primeros gritos de emoción.

En una esquina del Zócalo, Mariana y su abuelo don Eliseo se preparaban para ver el debut de México contra España. Él llevaba un sombrero gastado, herencia de los Mundiales de los setenta, y ella, una camiseta verde con el número 11 pintado a mano.

—Mira, mi niña —dijo el abuelo, ajustándose el sombrero—. Cuando el balón rueda, la ciudad respira distinto.

—¿Distinto cómo, abuelo?

—Como si el corazón del país latiera bajo el pavimento.

Y, como si el destino los escuchara, un mariachi empezó a tocar a unos metros:

“Yo sé bien que estoy afuera, pero el día en que yo me muera...”

El Zócalo entero acompañó el coro, y la Ciudad de México se convirtió, por unos minutos, en un estadio sin paredes.

El partido comenzó. Miles miraban la pantalla gigante mientras otros lo seguían por las radios de los taxis. Cada pase era un suspiro, cada tiro, un latido.

En el minuto treinta, España anotó. Un silencio pesado cubrió el Zócalo.

Algunos bajaron la cabeza, otros apretaron los dientes. Don Eliseo, sin embargo, no se rindió.

—No te preocupes, Mariana. México siempre ha sabido levantarse.

—¿Y si no ganamos?

—Entonces cantaremos. Porque eso es lo que hace este país: canta cuando gana, pero también cuando duele.

Y volvió a sonar el mariachi, con Cielito Lindo. Mariana no entendía por qué la gente seguía cantando, pero algo dentro de ella sintió orgullo.

El segundo tiempo trajo esperanza. México empató con un tiro libre que rozó la red como un poema. El grito fue ensordecedor: gente abrazándose, vendedores olvidando su cambio, niños corriendo con banderas como si fueran cometas.

El abuelo levantó el puño al cielo:

—¡Así se juega en casa!

Las calles del Centro Histórico se llenaron de color. Los autos tocaban el claxon al ritmo de los tambores, los mercados interrumpieron sus ventas para poner el partido en pequeñas televisiones, y en los techos, los vecinos agitaban sus trapos verdes.

En la Plaza Garibaldi, el mariachi no había dejado de tocar desde el amanecer. Cada gol se celebraba con tequila, cada atajada con risas. Un grupo de turistas franceses se unió al baile improvisado, intentando seguir los pasos del zapateado.

Mariana, que nunca había visto tanto júbilo, se detuvo un instante. Miró hacia la Catedral y pensó que la ciudad parecía tener alma, una que se encendía solo cuando México jugaba.

El abuelo notó su mirada.

—¿Qué ves, niña?

—A la ciudad... cantando.

—Exactamente. El fútbol no solo se juega con los pies, sino con la voz.

Minuto 88. Empate 1–1. El árbitro marcó un penal a favor de México. El silencio fue total. Ni los vendedores hablaban, ni los autos sonaban. El tirador se acomodó. Mariana sintió que su corazón quería salir corriendo.

El disparo fue seco, preciso, inevitable.

¡GOL!

El grito recorrió la ciudad como un rayo. El mariachi soltó el violín, las campanas de la Catedral repicaron solas, y los fuegos artificiales iluminaron el cielo.

Méjico había ganado.

La gente lloraba, reía, bailaba. Desconocidos se abrazaban como si fueran hermanos. En medio de todo, Mariana y su abuelo cantaban a todo pulmón:

“Ay, ay, ay, ay... canta y no llores...”

Y la ciudad cantó con ellos.

Cuando cayó la noche, el Zócalo seguía lleno. Las luces tricolores iluminaban los edificios, los tambores resonaban en el pavimento, y el aire olía a esperanza y sudor.

Mariana y don Eliseo se quedaron hasta el final, mirando cómo los niños jugaban con botellas vacías, imitando los goles de sus ídolos.

—¿Sabes, abuelo? —dijo ella—. Creo que ya entendí lo que dijiste.

—¿Sobre qué, mi niña?

—Sobre cómo la ciudad respira distinto. Hoy la sentí viva.

El viejo sonrió.

—Eso es el fútbol, hija. No es solo un juego, es el espejo de lo que somos: alegres, tercos, soñadores.

De fondo, un mariachi comenzó una última canción. Las notas flotaban sobre la multitud como si fueran promesas.

“Viva México, viva el sol, viva el pueblo y su canción...”

Y así, bajo el cielo nocturno de la Ciudad de México, el Mundial se convirtió en algo más que un torneo, fue un poema de unidad, una sinfonía de voces, una historia donde todos eran protagonistas.

FIN